

Reflexiones acerca de la identidad de los japoneses

Por ENRIQUE GUARNER

El país del «Sol naciente» que por su adusta geografía no podía ofrecer riquezas naturales al mundo, las ha donado al desarrollar la más alta tecnología, la cual incluye: las cámaras fotográficas, las televisiones y sus derivados, los automóviles y la construcción naval. Lo anterior no quiere decir que el Japón no se destaque por sus artesanías y otras manufacturas, sino que el ingenio y sobre todo esfuerzo de sus habitantes les ha hecho ponerse a la cabeza en numerosas industrias.

El archipiélago nipón integra un cordón volcánico al que por sus frecuentes temblores se denomina «El círculo de fuego del Océano Pacífico». Geográficamente consta de cuatro islas mayores y 3 mil 918 de menores dimensiones, todas las cuales suman una superficie de 370 mil kilómetros cuadrados. De esta área el 70 por ciento es montañosa o boscosa, 15 por ciento se destina a la agricultura y 15 por ciento lo ocupan las ciudades en donde habitan apiladas 120 millones de personas. Otros datos estadísticos nos indican que todas las familias poseen televisión a color y la mitad automóvil y teléfono. Casi no existe el desempleo, ni el analfabetismo, dando lugar a uno de los más altos niveles de vida del mundo.

Desde el punto de vista histórico, el Japón no tiene una trayectoria tan rica como China. Incluso su cultura se derivó de ella, puesto que de aquel país se importó en el año 400 de nuestra era la escritura criptográfica. Antes de esa fecha la nación estaba constituida por un centenar de estados tribales gobernados por un sacerdote o sacerdotisa que obligaban a sus súbditos a rendir homenaje a un sinúmero de deidades naturales.

Los primeros emperadores que unificaron el territorio pertenecían a la dinastía Yamato y procedían de la isla Kyushu, quienes establecieron su capital en la bellísima ciudad de Kioto. El más destacado de sus monarcas fue Shokotu Taishi que desde 593 hasta su muerte acaecida en 621 fue un erudito que logró imponer como religión oficial el budismo y desarrolló las artes importadas desde Corea.

A partir del siglo IX, el Japón estuvo gobernado por dictaduras de militares, algunas de las cuales retornaron hacia el «shintoísmo», o sea la mística ancestral a través de la cual se encontraría el camino hacia la divinidad.

En 1192 se proclamó a Yosimoto Minamoto como primer «shogun» o sea, vencedor de los bárbaros. Este príncipe fundó el código de los guerreros «samurai», de acuerdo con el cual se exigía: lealtad absoluta a los superiores, espíritu de sacrificio, desprecio hacia las ventajas materiales e indiferencia ante el dolor a la muerte. Fue en esta época cuando nació la costumbre del «harakiri», palabra que significa abrirse el vientre, aunque pueda requerirse después de la eventración ser decapitado.

En el año 1603 subió al poder la dinastía Tokugawa, la cual se inició con un caudillo militar. El primer contacto del Japón con la cultura occidental sucedió en 1542 cuando

do un navío portugués con destino a China arribó a Tanega. Posteriormente desde Manila llegaron los españoles y tanto los franciscanos como los jesuitas quisieron imponer el Cristianismo. Sin embargo, encontraron la oposición del emperador Hideyoshi quien los persiguió hasta exterminarlos en Nagasaki. Se puede afirmar que a partir de 1600 se cerraron para los extranjeros las puertas del «Sol naciente».

Fue hasta 1853 cuando el Comodoro Mathew Perry al mando de una flota norteamericana ancló en la bahía de Edo, hoy en día Tokio, y presentó una carta en la cual se pedía: 1) el abastecimiento de sus barcos, 2) un tratado comercial y 3) posibilidad de amistad entre los dos pueblos. Los japoneses se sintieron humillados, pero como carecían de navíos para rechazar a los invasores tuvieron que someterse a ellos.

En 1868 fue coronado en Osaka, Mutsu Hito, mejor conocido como Meiji, quien abolió el «shogunato» y trasladó su capital a Tokio, donde construyó su palacio imperial. De inmediato este extraordinario monarca emprendió un vasto programa de industrialización y en medio siglo así miló lo que la cultura occidental había conseguido en varias centurias. Bajo su gobierno un grupo talentoso de jóvenes fueron enviados al extranjero y trasplantaron al Japón la tecnología y el sistema comercial que privaba en los países más avanzados.

En pocos años la nación se convirtió en una potencia y ante el desafío de los rusos, Togo se enfrentó a ellos derrotándolos en la batalla naval de Tushima. Posteriormente los nipones ocuparon Puerto Arturo y formaron parte de los aliados en la Primera Guerra Mundial.

En 1921 fue coronado Hirohito quien permitió que los militares tomaran el poder y diez años más tarde invadieran Manchuria, utilizando como marioneta al último de los emperadores Manchú. El 9 de diciembre de 1941 los japoneses bombardearon Pearl Harbor paralizándolo la flota norteamericana del Pacífico. Durante un par de años tuvieron éxitos militares y ocuparon una buena parte de Asia y Oceanía. Sin embargo, a partir de 1943 el poder de Estados Unidos los aplastó y a consecuencia de su desmedida ambición los nipones sufrieron las dos únicas explosiones atómicas que desafortunadamente se han producido en la historia.

Desde 1946, Japón fue ocupado por fuerzas norteamericanas y gobernado por un general Douglas MacArthur. Una nueva Constitución reemplazó a la Meiji y en ella se daba igualdad y voto a la mujer, así como se restaba divinidad a la figura del emperador.

En 1947 se estableció una Suprema Corte y la renuncia definitiva a la existencia de fuerzas armadas, por lo que el país para ejemplo de la mayoría gasta la mayor parte de su presupuesto en educación. La forma de gobierno actual desde la salida de los norteamericanos es democrática, eligiéndose 486 representantes populares. El poder ejecutivo lo ejerce el primer ministro y la función del emperador es exclusivamente ceremonial.

Japón es el país más industrializado de Asia con más de un trillón de dólares como Producto Interno Bruto. Debo agregar que contra lo que generalmente se piensa, la mayor parte de las manufacturas que se elaboran son consumidas por los mismos habitantes.

El carácter japonés

Cabe preguntarse antes que nada: ¿Cuál ha sido el factor que ha determinado la riqueza japonesa? Mi respuesta es sencilla, la obsesión por el trabajo. En 1945 la planta industrial estaba arruinada y fue la fuerza global de un pueblo la que lo llevó a reconstruir el país provocando el asombro del mundo.

La realidad es que los japoneses establecen entre ellos una relación intensa de cooperación y gozan más que nada trabajando en sus fábricas. Tal vez sus vidas constreñidas en pequeños departamentos que provocan claustrofobia, las numerosas horas que se pierde en el transporte y las escasas diversiones, dan lugar a que se prefiera el oficio al ocio.

A lo anterior tiene que agregarse la idea de que a través de los siglos los japoneses han sido entrenados para ajustarse a los mandatos de la autoridad. En la familia la enseñanza principal es la subordinación a la figura paterna. El psicoanalista Heisaku Korawa en uno de sus artículos dice que se suprime el individualismo y se hace énfasis en el sometimiento. Uno de sus pacientes al finalizar su tratamiento manifestaba: «Ahora he logrado complacer a mi padre».

Korawa es conocido por su aportación de lo que denomina «el complejo de Ajaré», según el cual un príncipe culpó a su madre de los sentimientos hacia su progenitor. La rabia lo llevó a asesinarlo y cuando pensaba en matar a la madre, optó por el «harakiri», pero el cuidado de la figura materna a las heridas que se había infligido lo llevaron a la reconciliación. Esta manera cruel de expresar el complejo de Edipo nos indica el ciclo ambivalente de amor, odio y perdón que predomina en el desarrollo del niño y el que la madre extiende la dependencia y homogeneidad en los patrones de conducta de los japoneses. Es por ello que los habitantes constituyen los mayores imitadores de la historia de la humanidad. Cuando en 1542 un portugués mostró un arcabuz y una pistola, se encontró con que un año después se habían producido 300 mil armas de fuego. Puede decirse que lo mismo ha sucedido con el transplante al Japón del transistor que ha dado lugar a los millones de piezas idénticas que se proyectaron en cortísimo tiempo.

Desafortunadamente la falta de expresión de la agresión hacia afuera condiciona el que ella se reprima y que encuentre su única salida en el suicidio y éste se ha incrementado alcanzando la cifra de 15 por 100 mil habitantes. Incluso al romanticismo que lo acompañaba ha desaparecido y hoy en día constituye un espectáculo poco heroico e infeliz. Un bosque que rodea al Fujiyama es conocido como «el arbolado suicida», porque en él se matan centenares de personas.

Por otra parte aunque la posición de la mujer japonesa ha mejorado, ella continúa constituyendo una esfera aparte, nunca come con los invitados de su marido, ni camina cerca de él y no gana lo mismo.

Los padecimientos mentales comunes entre los nipones son: la esquizofrenia, la depresión y el alcoholismo. Las neurosis se derivan de la conciencia moral y la rebeldía en contra de las obligaciones y la dependencia. Los psicoanalistas mencionan con frecuencia el «Shinkeishitsu» o temperamento nervioso que da lugar a un perfeccionamiento paralizante con hipersensibilidad y aislamiento total de los afectos.

La terapia más aceptada en el Japón es lo que se denomina «Morita» que consiste en una especie de introspección. Durante una semana el sujeto permanece confinado a su cama, sin tener contacto con nadie o con ningún objeto como pudiera ser la lectura o la televisión. Forzados a sus propios pensamientos deciden volver a actuar en el mundo que les rodea.

Tal vez tenía razón mi escritor japonés favorito Yukio Mishima cuando en «Confesiones de una máscara» afirmó: «Me rendía a mí mismo y más que nada a las deplorables visiones internas que nunca tendrían salida». Recuerdese aquí que este autor no pudo soportar su propia vida muriendo en 1970 cometiendo «harakiri» con ruptura de sus entrañas y decapitación por parte de uno de sus seguidores.